LA PENSION

DE

MISIÁ CONCEPCIÓN ESCOBILLANA

COMEDIA EN DOS ACTOS

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
CHILE

SARA RIESCO DE GAYMER

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA "LA SUD-AMÉRICA"
MAESTRANZA 221
1930

La Pensión de Misiá Concepción Escobillana

Comedia en dos actos

Por **Sara Riesco de Gaymer.**

Personajes

Misiá Concha	55 años	Don Andrés	50 años
Micaela (su hija)	18 »	Cornelio	30 »
Margarita	40 »	Federico	25 »
Delfina	20 »	Floripo	22 »
Maclovia	55 »	Tito (niño)	12 »
Fernanda	22 »	Agente 1.º	
Pepa	23 »	Agentes 2.º y 3.º	

(Un salón sencillo. En una mesa canastillo de flores y cajas con regalos que han enviado a Micaela. Es su santo).

ESCENA I

Concha. — (Entrando) ¡Delfina! ¡Delfina! Qué muchacha más aturdida! ¿Dónde se habrá metido? Apostaría que nada tiene arreglado; y en un día

como éste que hay tanto que hacer. Estos días de santo quisiera que no llegaran jamás; a mí me toca todo el trabajo. Siempre las dueñas de casa nos llevamos la peor parte y con estas empleadas de ahora que no hacen otra cosa que acicalarse y parecer bien, se hace la vida insoportable. ¿No decía yo? Si no ha guardado ni los regalos que han enviado a Micaela. ¡Delfina! ¡Delfina!

ESCENA II

(Concha, luego Delfina)

Delfina. — (Entrando) ¿Me necesita la señora?

Concha. — Claro que te necesito. Para mirarte no había de estar gastando en vano mis cuerdas vocales. ¿Dóndo estabas que no venías?

Delfina. — Ayudándole a Floripo a guardar la leña.

Concha. — Ya te he dicho repetidas veces que nada tienes que hacer con Floripo, y hasta que sea tu marido has de evitar estar a solas con él.

Delfina. — Es que el pobre me pidió por favor que le ayudara.

Concha. — Primero es tu obligación. Toma, lleva estas cajas a la pieza de Micaela.

Delfina. — ¡Ay! Qué lindas cosas le han regalado a la señorita.

Concha. — Sí. Muy lindas; pero a mí me cuestan muy caras. Regalos en día de santo son con devolución; además he tenido que invitar algunas personas para la noche.

Delfina. — ¿ A las señoritas Tapia invitó señora?

Concha. — Claro pues. ¿A qué otras podía ser? Si tienen apuntados todos los días de santo, para sacar las edades y para que las conviden. Yo no sé porqué ese afán de salir, cuando ni saben conversar,

lo que dice una lo repite la otra; esto les pasa cuando están con su sexo, pero ¡Dios nos libre si se encuentran con algún masculino se vuelven verdaderas cotorras!

Delfina. — Y son bien desengañadas las señoritas!

Concha . — Es la ventaja que tienen, porque así Micaela se ve como una reina al lado de ellas.

Delfina. — ¡La señorita es tan bonita!

Concha. — ¡Apúrate hija! Apúrate que el tiempo corre veloz. Lleva todo esto y vamos a arreglar la pieza de don Andrés que es el mejor pensionista que tengo, es decir, el que paga mejor y que tanto nos obsequia (sale).

Delfina. — Es que está interesado en la señorita, se ve a las claras, pues, y la señora se muere por casarlo con ella, pero la misiá Mayga, la viúa no le dá soga, lo tiene aquí (apreta el puño y sale).

ESCENA III

(**Don Andrés,** es un caballero muy acicalado, muy gordo, usa bigote caído como chino).

Andrés. — Decididamente esta noche hago mi declaración. Esta noche le digo a esa ingrata que la amo, que ella es la causa de mis desvelos, que me estoy adelgazando mucho, mucho, como que he perdido veinte kilos en un mes. Pensando siempre en ella, voy a concluir por perder la cabeza. Soy tan tímido que no hago más que divisarla y soy hombre gallina, me ruborizo como una niña; mientras tanto el tiempo pasa, puede presentársele otro partido y quedar yo sin ella. Pero he tropezado con una maldita viuda dos veces, entrada en años, que no me deja ni a sol ni a sombra, si no hago luego mi declaración la viuda me saca el sí como

verlo, con este carácter tan débil que tengo. Pues señor, pese a quién pese, esta noche quedará todo arreglado y con el solitario que voy a obsequiarle acabaré de conquistarla.

ESCENA IV

(Entra Micaela).

Micaela. — ¡Hola! ¡Don Andrés aquí! Qué temprano regresó de la oficina.

Andrés. — ¡Mi...! ¡Mi...! ¡Mi...!

Micaela. — ¿Pero qué tiene Ud? ¿Qué le pasa? ¿Está Ud malo?

Andrés. — La... La... La... La emoción de verla tan... tan...

Micaela. — Pero qué nervioso está

Andrés. — Emoción de ver a Ud.

Micaela. — ¿Tan poca cosa le produce emoción?

Andrés. — Es lo imprevisto de la situación.

Micaela.— ¿De qué situación habla Ud?

Andrés. — Del encuentro tan repentino que hemos tenidos los dos, cuando menos me lo imaginaba.

Micaela. — Para otra vez me haré anunciar, para no impresionarlo. (Con pillería). Don Andrés a mí no me viene Ud. con esas cosas, no crea que soy tan simple, Ud. está enamorado y estaría pensando en la que ocupa su corazón cuando yo entré a interrumpirlo en sus recuerdos y esa fué la causa de su nerviosidad. O tal vez esperaba a alguien, alguna viuda quizás...

Andrés. — (Con la mano en el corazón) ¡Ay! Micaelita ¡ay!...

Micaela. — Y suspira! Prueba que he dado en la taba. Cuénteme Don Andrés, cuénteme quien ocupa su corazón. (Aparte) Qué divertido debe ser.

Andrés. — (Aparte) Qué bella oportunidad. ¡Cupido, Dios del Amor, dispara tu flecha al corazón de la ingrata! ¡Como te pintan ciego, pon una venda en sus ojos para que no repare en mi obesidad que sería una catástrofe. (A Micaela) Micaelita, que perpicaz es usted.

Micaela. — ¿No decía yo? Si está enamorado.

Andrés. — Sí, efectivamente estoy enamorado, quiero casarme con ella, con usted, con la que adoro.

Micaela. — Es usted un tenorio, quiere casarse con tres. ¡Qué gracioso!

Andrés. — (Aparte) La maldita emoción. (A Micaela) Me impresiono tanto que casi no puedo explicarme. El corazón se me dilata, la cabeza me palpita, la lengua se me enreda.

Micaela. — ¡Por Dios, don Andrés! No hable más, eso es muy grave, a Ud. va a darle un ataque! ¡El Doctor! ¡Que venga el Doctor!

ESCENA V

(Los mismos y Concha, Margarita, Floripo y Federico. Hablan ligero y mucho movimiento).

Concha. — Muchacha, por Dios! ¿Qué gritos son esos? ¿Qué te pasa?

Margarita. — ¡Ay! Don Andrés solo aquí con Micaela, qué la habrá dicho!

Federico. — Don Anrré, qué ha hecho a Migaelito?

Floripo. — ¡Señora! ¿Qué se ofrece? ¡Qué revolutis, qué pelotera!

Micaela. — ¡Qué ha de pasar! Que a don Andrés va a darle un ataque.

Andrés. — No es nada, señora, no es nada.

Micaela. — ¡Sí mamá! Llévenlo a su pieza, tenía la lengua enredada, la cabeza se le iba. Pónganle sina-

pismos en las pantorrillas. (Aparte) Así no te quedarán ganas de declararte, viejo verde.

Concha. — ¡Sí, sí, que le pongan sinapismos!

Andrés. — ¿Sinapismos? ¡Qué horror, protesto, protesto!

Margarita. — Don Andrés, yo le cuidaré, eso me corresponde a mí. . .

Andrés. — ¿Qué tiene que hacer usted conmigo?

Margarita. — Para irme acostumbrando. . .

Concha. — ¡Mi escobilla! No hay como mi escobilla! Vamos a escobillar a don Andrés.

Andrés. — Si estoy perfectamente, fué una broma que hice a Micaelita.

Federico. — Bonita broma don Anrré, bonita broma. Toda la casa cogiendo paga aguiba, paga abago. Migaelito gritando y Fedegico pensando con el pensamiento, mige.

Concha. — Floripo, ayúdalo, acerca esa silla.

Floripo. — Afírmese en mi brazo, don Andrés.

Andrés. — Retírate, Floripo, ya he dicho que no tengo nada, Micaelita se alarmó sin razón.

Micaela. — ¡Buen susto me hizo pasar!

Andrés. — (Aparte) Me debe querer mucho cuando tanto se alarmó.

Concha. — No, don Andrés; estas cosas son muy serias, no son para bromas; para que no le repita lo voy a escobillar y verá que pronto se repone.

Floripo. — Andele, don Anrré ¡Pues si tiene la cara color naranja! Esto va a ser al cereubro.

(Lo sientan, le remangan las mangas y lo escobilla Concha)

Margarita. — Eso me corresponde a mí, Conchita.

Concha. — ¿A Ud.? ¿Y por qué?

Margarita. — Estamos casi comprometidos.

Concha. — (A don Andrés) ¿Sí, eh? ¿Margarita es su novia?

Andrés. — ¡Jamás! No tengo nada que hacer con esa señora.

Concha. — ¿Lo oye Margarita? ¿Lo oye?

Margarita. — ¡Estos hombres, Dios mío! ¡Estos hombres! (Se sienta con las manos en la cabeza).

Floripo. — ¡Pobre don Anrré! No me quisiera hallar en su lugar. . .

Andrés. — ¡Ay, por Dios! Misiá Conchita, no me escobille tan fuerte.

Concha. — Así conviene, para que circule la sangre, la circulación es necesaria .Ya voy a concluir.

Federico. — ¿Qué tiene Margarito? (A Micaela).

Micaela. — Mal de espanto. Yo se lo quitaré. ¡Un síncope mamá!

Concha. — ¿Un síncope? ¡Corro con mi escobilla! (escobilla a Margarita) (Pausa).

Andrés. — (Aparte) Al fin me veo libre de la escobilla! ¡Casi me deja la carne viva! ¡Ay! como me descuece! ¡Qué capricho tan raro tiene esta vieja que a todo el mundo quiere escobillar.

Margarita. — ¡Ay Conchita! ¡ Ya estoy muy bien! Gracias Conchita. No se moleste más por mí (Aparte) Me ha dejado el brazo dormido. Qué vieja tan torpe.

Concha. — Gracias a mi escobilla, No hay que negarlo. A ésta deben Uds el haber recobrado tan pronto las fuerzas. (Con voz solemne) Mi abuelo Escobillana que era descendiente de príncipes por línea recta, fué el que hizo la primera escobilla; quizo perpetuar su apellido y le dió su nombre quitándole la última sílaba para hacerlo más corto. Es incontable el número de curaciones que hizo con su escobilla; como las dos que acabo de hacer.

Margarita. — (Aparte) ¿Qué estará loca la Conchita?

Micaela. — Siempre tu mamacita con el tema de la escobilla.

Concha. — ¡Calla niña, calla! Tú no comprendes su virtud.

Federico. — (Aparte) A misiá Conchito quegiendo pasag la escobillo pog la cabezo, paga quitag lo tonto.

Concha. — ¿Qué ha dicho Ud.? ¿Qué? ¡Repítalo!

Micaela. — Nada, mamá. Es broma de Federico.

Floripo. — (Aparte) El alemán tiene un tornillo flojo. Quiere dejar a la patrona pa la historia.

Federico. — Fedegico ha dicho broma. (Pausa).

Concha. — ¡Se han quedado lelos con lo que les he contado y es la verdad!

Andrés. — (Aparte) Démosle en el gusto. (A ella) ¡Es admirable su escobilla, misiá Conchita!

Concha. — Me alegro que tenga fé en ella. Para completar la curación, les ofrezco una tacita de café, que a los dos enfermos les vendrá a pedir de boca.

Floripo. — ¡Corro a servir el café!

(Salen todos, menos Federico y Micaela).

ESCENA VI

Federico. — ¿Migaelito pog qué Ud. gritando? Don Anrré qué ha dicho a Ud? El no está enfegmo. Fedegico teniendo mucha mímica, comprendiendo todo.

Micaela. — Pero... ¡qué disparates habla Ud. Federico!

Federico. — Mi no hablando dispagates. Mi diciendo vegdá; teniendo mucha mímica.

Micaela. — ¿Sabe lo que es mímica? Es accionar mucho.

Federico. — ¡Oh sí! ¡Que gracioso! Fedegico creyendo que ega eso... ¿Cómo llama? Aquí a la cabegza? ¿Cómo dice?

Micaela. — Se dice perpicaz.

Federico. — ¿Pipicaz? ¡Oh que bonita palagbra!

Micaela. — ¿Pasemos al comedor?

Federico. — Espega un poquito, miga. Fedegico tiene un secreto paga Ud., quiere casag con Ud. Muy enamogado de Ud. Quiegue sabeg si lo ama. Migaelito, bonito, simpatiquito, ¿me quiegue Ud?

Micaela. — (Muy viva) ¡Hasta luego Federico! Después le contestaré. (Sale corriendo).

Federico. — (La alcanza en la puerta y la trae tomada de la mano) Esta niña tan lindo, paguese cabrito nuevo. Tanto que corre y que salta. Mi no dejag ig a Ud.; quigue sabeg dos cosas.

Micaela. — ¿Cuáles son?

Federico. — Si quiegue casag con mí y qué dijo a Ud. don Anrré. Ese viejo gogdo miga mucho a Ud. Fedegico muy celoso. El viejo tiene dinero.

Micaela. —Don Andrés me hace la corte, es verdad; quiere casarse conmigo; pero yo para castigar su pretención inventé lo del ataque; con el remedio que le aplicó mamá, no le habrán quedado ganas de declararse a las niñas.

Federico. — ¡Bravo, Migaelito! ¡Bravo! Ahora dígame mi hijito: ¿Quiegue a Fedegico? ¡Contesta mi lindo!

Micaela. — Lo encuentro muy dije y me gusta; pero por ahora no puedo decirle más. ¡Hasta luego Federico! Voy a ayudar a mamá. (Sale corriendo).

Federico. — ¡Me quiegue, me quiegue! La conozco a la cara. Muy rubor. Fedegico muy contento, grandemente, vá apugado a la floguista a compag un lindo ramo paga ella. (Sale).

ESCENA VII

(Floripo, luego Delfina).

Floripo. — Pa mí nu hay dua que el viejo tá enamorao e la señorita. Yo lo ey cachao en la mesa; no come ná por mirarla; cuando sus miráas se encuentran se pone como tomate. ¡Y tanto que gasta el viejo! ¡Qué propinas me dá! Cuando le hije quel alemán nu era ná novio e la señorita, me achuntó con diez pesotes! Tengo una mina con el viejo! Yo que no tengo ni un pelo e leso, juntando toa la platita pa casame al tirito con la Elfina. Cuando juí a peísela a la señora, ló primerito que me preduntó jué: ¿Tenís plata Floripo? ¿Con cuánto contai pa casáte y pa mantenéla? Como si ha criao en la casa, quiere casála con hombre con plata. ¿Porqué les gustará tanto la plata a las señoras mujeres? Por la plata quiere la señora casar a la señorita Micadela con don Anrré; pero la misiá Maiga, la viua dos veces, llega a escupir tachuelas por él. Se acicala hasta la coronilla, con blanquete, con colorete, tizne e la olla en los ojos. Y el viejo ¡Ni en las suelas! Agora con la llegáa de don Marcelo, tá la viua más saláa que nunca. Parée volantín chupete. ¡Como anda a regüeltas por los dos! ¡Qué divitías son estas casas de pensión con tanta gente!

ESCENA VIII

(El mismo y Delfina).

Delfina. — ¿Qué haces aquí ocioso? Hablando solo te lo pasas todo el día. Me dejas todo el trabajo. Con

razón te hallo parecío al gato, en lo egodista. Ven a ayudarme.

Floripo. — Paré que nó, niña.

Delfina. — Sacando la güelta te lo llevay y así querís que te quiera.

Floripo. — ¡Ay! Mi ñata del alma. ¡Supierais como te quiero!

Delfina. — Si me quisiéras no me dejarías trabajar sola, me ayudarías: obras son amores... como dice la señora. Te repito, que me ayudarías.

Floripo. — ¡No te enojís mi almita! ¿Y toa la platita que estoy juntando, nu es pa ayudate? Cuando nos casemos, verís como lo vay a pasar conmigo. Voy a tenete una sirviente, pa que nu hagay ná, vay a ser la señora de tu casa. Te voy a comprar ricos trajes, como la más pintaa. Los domingos te llevaré al biógrafe, a pasear en acto, dándonos harta facha.

Delfina. — ¡Ay! Floripito lindo! que bello es lo que me decís! (Se acercan algo).

Floripo. — Tamién te llevaré al terrón del Gata Chavez, tan renombrao, pa saber qués lo ques.

Delfina. — Sígue hablándome así. !Ay! Me quiere dar un armareo o vertígo, de puro gusto.

Floripo. — Dejáte de vertígos, que si te vé la señora, te saca la frisa con la escubilla. Al pobre don Anrré lo ejó en la urdiembre.

Delfina. — (Asustada) ¿Qué dices?

Floripo. — Que a don Anrré le dió una cosa parecía a fatiga o vertígo y la señora lo escubilló tanto que le sacó la frisa y agora se le vé trama.

Delfina. — Pero si la señora cura todas las enfermedades a escubillazos.

Floripo. — ¿Qué será niña que toos los que han estao en esta sala les ha dao vertígo? ¿Qué será niña, qué será? ¿Sabís vos?

Delfina. — No vaya a estar embrujaá la sala hombre...

Floripo. — ¡No me asustís mujer! ¡Que soy muy espantaizo!

Delfina. — ¡Jesús! ¿Y por eso te asustas? ¡Cobardote! ¡Ni yo que soy niña! ¿Qué tenís que estais tiritando?

Floripo. — Hay brujos, no hay dua¡ !Es el mesmito caso de don Anrré! (Gritando) ¡Ay! tengo mieo!

ESCENA IX

(Los mismos y Concha).

Concha. — ¿Qué sucede? ¿Qué ocurre? (Muestra la escobilla).

Floripo. — ¡Naa señora! ¡No estoy naa enfermo!

Concha. — ¡Ah! ¡Muy bien! ¿No? Los dos en grata conversación, como si no hubiera qué hacer. Saben que tenemos invitados; que es el día de Micaela y perdiendo el tiempo ¡Gandules! ¡Flojos¡ ¡Sinvergüenzas!

Delfina. — ¡Ay, señora por Dios! Si a Floripo le quiso dar fatiga.

Concha. — ¿Qué contiene esto? Hoy todo el mundo está con fatiga. Antes fué don Andrés y Margarita, ahora tú. Esto es de mal agüero. ¿Cómo terminará el día? (Toma la escobilla).

Floripo. — ¡Nó, nó patroncita! La escubilla nó! Yo estoy bueno, es la sala que está embrujáa.

Concha. — ¿Qué dices?

Floripo. — En toa la casa se sienten ruios y gorpes. Aquí en la sala cuando conversan dos enamoraos, a uno le dá fatiga y el otro grita. Ha de ser la bruja que no quiere que naide se case y por eso los espanta. Ella moriría soltera, segurito.

Concha. — ¡Pero Floripo por Dios! Increíble que en

un siglo de tantas luces y civilización haya hombres tan ignorantes como tú. Que no vuelva a oírte hablar de brujos ni estupideces; te prohibo terminantemente contar a los pensionistas que se sienten ruidos.

Floripo. — ¿Po qué?

Concha. — Por que todas esas cosas son alucinaciones tuyas, hijas del miedo que te consume.

Floripo. — ¡Ey es! Mi mieo ni tiene náa de hijas.

Concha. — ¡Muchacho, pero qué imbécil eres!

Floripo. — ¿Po qué?

Concha. — Por las tonterías que se te ocurren. Te repito que no vuelvas a hablar de ruidos ni brujos; puede correr la voz y marcharse todos los pensionistas.

Delfina. — ¿No vés lo que puede pasar con tus miedos?

Floripo. — ¡Perdón, señora! No lo haré más.

Concha. — Ahora a trabajar, que hay tanto que hacer. (Salen todos. Floripo y Delfina vuelven a escena).

Floripo. — ¡A trabajar! Pero el mieo no me le pue quitar. ¿Quién te contó ñatita mía que habían brujos?

Delfina. — Como eres tan flojo, que me has dejado a mí todo el trabajo, y como sé que eres tan cobarde, lo inventé yo para asustarte.

Floripo. — ¡Ah, pícara! (Haciendo ademán de abrazarla). Ahora tenís que darme un abrazo y un beso, para que te perdone. El primer beso y abrazo!

Delfina. — (Enojada). ¡Qué insolente! ¡Ofenderme así! ¿Por que me vés pobre crees que me dejo faltar al respeto? Pobre soy, pero delicada; si tú me quisieras me sabrías respetar. ¿Te figuras que porque soy tu novia, te voy a tolerar esas liberta-

des? ¡Retírate de aquí, atrevido! Yo guardo mis besos para mi marido. (Le da la espalda).

Floripo. — ¡Perdóname Elfinita! No ey querío ofenderte; jué broma que t'ice, se que sois tan delicaá que pos eso quiero hacerte mi esposa. Seré feliz contigo; sabrís guardar el nombre que te voy a dar y el honor lo sabrís guardar sin mancha, intautito. ¿Queaste contenta agora? ¿Me perdonais ñatita linda?

Delfina. — Te perdono Floripo; pero jamás me pidas besos ni abrazos, respétame mucho, porque si nó rompo el compromiso.

Floripo. — Entendío, Elfinita. No te pío más hasta que sea tu marío.

ESCENA X

(Los mismos y Concha)

Concha. — ¡Delfina! ¡Floripo! ¿Todavía aquí? ¡Floripo, véte inmediatamente a arreglar el comedor! Pon el servicio fino y no olvides las flores. Tú, Delfina, ayúdale a Brígida. Que ponga el pavo al horno; que se apure con la comida; sírvela en el hall para no desarreglar el comedor. A cumplir mis órdenes ahora.

Floripo. — Con toa mi voluntá, señora. ¿Vamos Elfinita? (salen).

ESCENA XI

(Concha, luego Margarita y Cornelio). (éste es muy asiuticado)

Margarita. — ¡Conchita, un joven muy simpático desea hablar con Ud.

Concha. — Hágalo pasar, Margarita.

Margarita. — Pase adelante, señor. (Sale) (Mirando mucho a Cornelio, con coquetería).

Cornelio. — ¿Tengo el honor de hablar con la señora Concepción Escobillana?

Concha. — Sí, señor.

Cornelio. — Cornelio Pedrizco, a sus órdenes.

Concha. — Tome Ud. asiento.

Cornelio. — Señora, mi presencia en su respetable hogar, se debe a que deseo vivir en familia en una casa honorable y ninguna me parece más adecuada que esta, su residencia.

Concha. — Gracias; pero . . .

Cornelio. — Señora: yo deseo una pieza que tenga balcón a la calle; me agrada en extremo al despertar por las mañanas, el beso de la brisa en mi ardiente rostro y . . .

Concha. — No vamos tan adelante, escúcheme antes. Le diré que por ahora mi casa está llena de gente y no tengo ninguna pieza disponible para Ud. Puede buscar otra casa, hay tantas honorables.

Cornelio. — Pero, señora Concepción, si Ud. supiera. Mi deseo de vivir en su casa, obedece a que estoy solo en la capital, mis padres viven en el campo, y Ud. comprenderá que necesito vivir en una casa de respeto y tengo referencia que la suya, es la que reúne todas las condiciones que se requieren para vivir en familia.

Concha. — Pero ya le he dicho a Ud. que no tengo ninguna pieza desocupada.

Cornelio.— Señora, tenga la bondad de recibirme, mire que yo no conozco a nadie aquí, vengo llegando del sur, y Ud. me ha parecido tan simpática, tan bondadosa, creo que tiene un corazón de oro.

Concha. — Ud. me halaga, gracias por la buena idea que se ha formado de mí.

Cornelio. — Señora; yo no me fijo en precio y pago con puntualidad. Ud. talvez duda de mí. . .

Concha. — No dudo ni por un momento de su honorabilidad, pero Ud. comprenderá (cómo le digo Dios mío) que una viuda con una hija joven, casi una niña, no debe ni puede recibir en su casa jóvenes que no conoce; no se ofenda Ud. por esto, que en mi caso lo haría lo mismo; si Ud. me trajera una recomendación, la cosa cambiaría; pero me dice que no conoce a nadie. . .

Cornelio. — Relaciones, señora, aquí no las tengo, es verdad, pero no implica para que no me reciba en su hogar; las dudas que atraviesan por su acelerada mente, las comprendo y no dañan en absoluto mi honorabilidad, pues, está por encima de toda duda.

Concha. — No dudo de Ud. . . . nó. . . nó. . .

Cornelio. — Para tranquilizarla, señora, voy a hablarle algo de mí; de mi pasado. . . (tose) pero antes me voy a tomar la libertad de cerrar el madero volante de esa pasa sol, porque el céfiro crepuscular es muy constipante y hay que cuidar esta garganta.

Concha. — ¡Qué manera de expresarse tiene Ud.! (este hombre es una música).

Cornelio. — Nosotros los artistas, usamos términos muy elevados.

Concha. — ¡Con qué artista!. . . ¡es artista Ud.! Toca quizás el violín, el instrumento que me hace llorar, dígame, dígame, lo toca Ud?

Cornelio. — Sí, señora, lo toco a las mil maravillas y no sólo hago llorar si nó reir y bailar.

Concha. — ¡Este hombre es un primor!

Cornelio. — Cuando he tocado en público he merecido los honores del bis. En los trinos, cuando hace así (imita el violín), todo el auditorio se conmue-

ve, llora, y ese murmullo del llanto y el trino unidos forman el concierto más encantador.

Concha. — (Me va interesando) ¡Me muero por la música!

Cornelio. — Pero mi fuerte es el canto, señora, tengo una voz acanariada al mismo tiempo que poderosa; dejando prejuicios tontos que a nada conducen, si nó a destruir el ideal que uno se ha forjado, el ideal de alcanzar la gloria, dejé, como lo digo, esos prejuicios y me dediqué de lleno al teatro; mi familia se indignó, protestó, pero, yo no hice caso de sus protestas; yo aspiraba a la gloria, (melosamente) cuando se hace artista, cuando se lleva el arte en el corazón, hay que obedecer a este tiranillo (se lleva la mano al corazón).

Concha. — Lo felicito... soy de su misma opinión. Y va a entrar en alguna Compañía Teatral?...

Cornelio. — No, señora; por ahora no... este otro año sí. Daré clases de canto estos meses que restan del año.

Concha. — (entusiasmada) ¡Va a dar clases de canto! Podría enseñar a Micaela, a mi hija

Cornelio. — Con el mayor gusto, señora... sería para mí un honor.

Concha. — Pues entonces se queda Ud. en mi casa. Desocuparé la pieza de Periquito, mi sobrino, que he puesto interno en el Colegio. La pieza es monísima, creo que le gustará.

Cornelio. — ¡Qué reconocimiento más profundo voy a sentir por Ud.! ¡qué digo!... ¡voy o sentir!... si ya lo estoy sintiendo!... Cuánto agradezco su buena voluntad.

Concha. — No se preocupe. (toca el timbre).

Floripo. — Llamaba la señora?

Concha. — Sí, Floripo; lleva esa maleta a la pieza de

Periquito. Arréglala bien que este caballero va a alojarse en ella.

Floripo. — Como manda la señora. Güen dar con la maleta bien repesáa. (sale).

Concha. — Señor Pedrizco, podría complacerme cantando algo?

Cornelio. — Con todo gusto señora, daré algunas notas para que pueda apreciar el timbre de mi voz. (canta) algo cómico.

Concha. — ¡Qué bien, qué bien!... ¡qué escuela!... ¡qué vocalización!... ¡qué impostación!... ¡un primor!

Cornelio. — Cuánto me agrada encontrarme con personas tan inteligentes como Ud., que comprenden el arte; creo que vamos a ser muy buenos amigos.

Concha. — La música forma parte de la vida, me fascina, me atrae y deseo que mi hija aprenda canto o violín... ¡sí, lo deseo!

Cornelio. — Tiene Ud. razón señora; debe aprender.

Concha. — La conversación está muy agradable, pero no me hacía cargo que Ud. debe estar muy cansado, un viaje largo, siempre...

Cornelio. — Sí señora, siempre deja algo estenuado, quisiera reposar un momentito, si su amabilidad me lo permite, quiero decir, recostarme un minutito.

Concha. — Como nó, descanse Ud. y queda invitado para la noche; es el santo de mi hija, tendremos una pequeña recepción de mucha confianza...

Cornelio. — Mil gracias, señora.

Concha. — Voy a llamar a Floripo para que lo lleve a su habitación. (toca el timbre).

Floripo. — Mande señora.

Concha. — Lleva al señor Pedrizco a su habitación.

Floripo. — Andele señor (las cosas de la señora que

yo lo voy a llevar, tiene las piernas relargas, de un zancazo me aplasta).

Cornelio. — Con su permiso. (Sale Cornelio y Floripo).

Concha. — Vaya Ud.

ESCENA XII

(Concha y luego Micaela).

Concha. — Si será cierto que es artista... y si no lo fuera! (pausa) en fin, no quiero preocuparme más. (llamando) ¡Micaela, Micaela!

Micaela. — (entrando) ¿Qué quieres mamá?

Concha. — Te necesito, tengo que hacerte algunas observaciones...

Micaela. — (sorprendida) Observaciones?...

Concha. — Respecto a don Andrés. Don Andrés, hijita, es un caballero inmejorable. He notado que te mira con buenos ojos, creo que lo has flechado, luego, no debemos perder tan buen partido.

Micaela. — Cómo?... No debemos?... que también te mira a tí? (con pillería).

Concha. — ¡Calla loquilla! quiero decir, que, debes poner tus cinco sentidos para que no se escape; ponte muy elegante y buenamoza para que esta noche se decida. Mira que Margarita y Fernanda están locas por conquistarlo. Ya ves, el regalo que te envió esta última, ha sido con doble intención, para que la invites y encontrarse con don Andrés...

Micaela. — ¡Qué ocurrencia!

Concha. — Y he tenido que invitarlas a pesar de lo que me fastidia la conversación de Maclovia que no hace otra cosa que apocarme en todo, pero esta noche sabré contestarle aunque haya un rompi-

miento en las relaciones. No estoy dispuesta a tolerarla más. Como te decía, no debes perder a don Andrés.

Micaela. — Como se te ocurre mamá que voy a fijarme en don Andrés!... qué estás pensando, que has perdido el juicio?

Concha. — No veo la causa de tu admiración; partido como don Andrés son muy escasos... tan generoso, tan rico, si te casas con él dejaremos este ingrato negocio, nuestra situación cambiará por completo, serás rica, tendrás casa propia, tendrás auto, pieles, alhajas, en fin, de todo tendrás.

Micaela. — Tienes razón mamá, de todo tendré y otra cosa que has olvidado, que es la más halagadora...

Concha. — ¿Qué es?

Micaela. — El estafermo facha de barril con patas al lado.

Concha. — Niña,... ¡calla!... déjate de bromas, piénsalo bien... creo que él está verdaderamente enamorado.

Micaela. — ¡Vaya que lo está, como que se me ha declarado!...

Concha. — De veras?... Cuándo?... Dónde?... ¡Qué gusto!... qué te dijo?

Micaela. — Esta tarde, en el salón, me dijo que me quería, que quería casarse conmigo... yo para castigar su pretensión inventé lo del ataque para que le pusieran sinapismos, pero resultó más picante tu escobilla.

Concha. — Pero qué mala eres!... no tiene nada de particular que se te haya declarado, puesto que quiere casarse contigo.

Micaela. — Te parece poco? Un viejo que arrastra las patas y tan feo, tan feo. Nó, no hay derecho a enamorarse de una muchacha como yo.

Concha. — ¡Niña! Es una garantía que sea feo. Los

hombres buenosmozos, nó, nó. No me los des. (suspira) Tengo mis razones; que sea algo viejo es mejor, puede que enviudes y heredes sus millones. Es millonario, lo supe por una casualidad. Entiendes? Mi-llo-na-rio.

Micaela. — A mí que me importan sus millones! De ninguna manera me casaré con él; creo que tú no me obligarás.

Concha. — ¡Obligarte! No faltaba más. Te hago ver tu conveniencia, pero si a tí no te agrada, no he dicho nada; piensa que si vuelve a hablarte de matrimonio y le contestas con una negativa, se nos vá de casa, perdemos un buen amigo y con él los muchos obsequios que nos hace.

Micaela. — Eso corre de mi cuenta. Procuraré que no repita su declaración y le haré atenciones a Federico.

Concha. — No será mucho que te guste ese alemán tan insípido.

Micaela. — Me gusta, vaya si me gusta; como que me casaré con él.

Cncha.—¡Niña, niña! ¡Qué cosas dices! ¿Y si él no te quiere?

Micaela. — ¿Que no me quiere? Me quiere mucho, me adora y hoy me lo ha dicho.

Concha. — Pero es muy pobre, un rata.

Micaela. — Pero muy trabajador, muy bueno y lo amo.

Concha. — ¿Y qué le has contestado?

Micaela. — Sabes que sin tu voluntad, no puedo comprometerme y hasta que no tenga tu consentimiento, no le contestaré.

Concha. — ¿Y si yo me opusiera?

Micaela. — Sufriría mucho, pero no pensaría más en él.

Concha. — ¡Hija mía! Me has amarrado. Tienes mi consentimiento, serás feliz porque eres buena hija. (se abrazan).

ESCENA XIII

(Los mismos y Margarita).

Margarita. — (Entrando). Muy entusiasmada) ¡Qué simpatía! ¡Qué simpatía!

Concha. — ¿Qué dice, Margarita?

Margarita. — ¡Qué simpatía, Conchita! ¡qué simpatía! ¡qué bigotito! ¡qué mono es!

Micaela. — Ya lo creo que es mono (aparte) de goma.

Margarita. — ¿También lo encuentras dije, Micaela?

Micaela. — Encantador, Margarita. (aparte) Es un mandarín chino.

Margarita. — (aparte) Esta muchacha cargante que siempre se atraviesa en mi camino y me quita los novios!

Concha. — Pero, quiere decirme Margarita. ¿Está verdaderamente enamorada de él.

Margarita. — ¡Qué pregunta Conchita! Le diré, enamorada sí pero no del todo. El si que lo está; no me lo ha dicho, pero lo presiento; pues ma dá unas miradas tan de fuego, que han ido derecho a mi corazón y casi lo han incendiado.

Micaela. — Lástima habría sido porque se habría incendiado toda la casa.

Concha. — ¡Pero Margarita por Dios! ¿Que entonces ha olvidado lo que le dijo, cuando lo quiso atender cuando le dió la fatiga? Yo se lo repetiré: Con voz solemne y grave dijo: No tengo nada que hacer con esa señora. ¿Lo recuerda ahora? ¿Cómo puede Ud. creer que está enamorado?

Margarita. — ¿Pero de quién habla Ud. Conchita?

Concha. — De quién ha de ser! Claro que de don Andrés!

Margarita. — Pero Conchita de mi alma! Mi flirt con don Andrés, pasó a la historia antigua. Lo dejé por otro.

Concha. — (aparte, a Micaela) Qué descaro para mentir.

Micaela. — (aparte, a Concha) No será mucho que me quiera quitar a Federico.

Margarita. — Por otro tan atrayente, que me atrae como el imán al acero. ¿No adivina quién es Conchita?

Concha. — ¿Será Federico?

Margarita. — Federico ha hecho mucho por conquistarme; pero yo, de hielo.

Micaela. — No le levante a Federico, porque jamás se ha preocupado de Ud. Me consta.

Margarita. — Como te engañas hijita, o te engaña él, te dice eso y otra cosa es con guitarra.

Micaela. — Ya sé donde va a parar. Como don Andrés me prefiere, Ud. quiere el desquite y ha elegido a Federico. Eso, escuche bien, yo no lo tolero.

Margarita. — No te afaroles tanto, Micaela, que el mío vale por cuatro Federicos, para quitarte el susto, te diré que es don Cornelio.

Concha y Micaela. — ¡Ay! ¡Don Cornelio!

Concha. — Margarita, Ud. se chancea. No puede ser de otra manera. Un hombre que no hace veinticuatro horas que está en mi casa, y enamorarse de él, es ridículo; a no ser que antes se conocieran.

Micaela. — Ud. se enamora a la minuta y de todos.

Margarita. — Dí más bien, que todos se enamoran de mí; siempre prefieren a las viudas y las solteras se mueren de envidia. (aparte) Sóplate esa Micaelita. ¿A Ud. Conchita, nadie la ha cautivado después de viuda?

Concha. — Yo soy viuda tranquila, dedicada a mi hija y a mis deberes; Ud. Margarita es viuda alegre; no

se enoje por lo que le digo, que es el cariño el que me guía. Voy a ser franca, Margarita. Es Ud. de poso seso, acostumbra forjarse ilusiones que se desvanecen como el humo, forma castillos que se derrumban. No vé lo que le pasó con don Andrés, y ahora cree que don Cornelio se ha enamorado de Ud. No sea cándida, Margarita.

Margarita. — Conchita: Yo no tolero que Ud. me diga cándida. Porque soy franca, comunicativa e ingenua me llama Ud. viuda alegre? Fíjese Ud. en el alcance de esas palabras. ¡Viuda alegre! y cándida por añadidura! Nó Conchita, nó, Ud. me ofende.

Concha. — Margarita, entre amigas como nosotras son permitidas las franquezas. No se altere, Margarita. Si yo le...

Margarita. — (interrumpiendo) No Conchita, nó. Le gustaría que valida de la confianza, le dijera que es ridículo que Ud. ande armada de una escobilla escobillando a todo el mundo?

Concha. — (enojada) Ca... calle, Margarita, que mi escobilla, mi escobilla es portentosa; si no es por ella cómo estaría Ud.? ¡Llamarme ridícula! ¡Que desvergüenza!... ¡Que...

Micaela. — Por favor corten la discusión, quién sabe en qué va a parar.

ESCENA XIV

(Las mismas y don Andrés).

Andrés. — ¿Se puede pasar?

Concha. — ¡Adelante, don Andrés!... (aparte) (qué calor!... ¡qué atrevida!...)

Margarita. — (aparte) Ya me ardo!... me desahogué!)

Andrés. — Misiá Conchita, yo, yo, quiero hacerle un regalo a Micaelita por ser su onomástico. ¿Me permite obsequiarle este anillo? . . .

Margarita. — Mi onomástico es dentro de quince días.

Andrés. — ¿Y a mí qué?

Concha. — Don Andrés, siempre tan cumplido y generoso . . . ¡qué precioso solitario! es un obsequio de mucho valor; siento decirle que Micaela no puede aceptarlo.

Margarita. — Don Andrés, a las viudas jóvenes como yo, nos viene muy bien, como el diez es Santa Margarita . . . pruébelo don Andrés (le pasa la mano), pruébelo, pruébemelo . . . ¡qué mona me voy a ver!

Micaela. — (aparte) ¡Qué cínica!

Andrés. — Ya le he dicho repetidas veces, que nada tengo que hacer con Ud. ni con su Santa Margarita, deje esas coqueterías para otro que quiera cargar con el muerto!

Margarita. — (aparte) ¡Aguantemos sus impertinencias . . . ¡quien porfía mucho alcanza! . . .

Micaela. — (a don Andrés) ¡Qué bien contestado don Andrés!

Andrés. — (Me tiene hasta aquí esta viuda). Misiá Conchita, no veo por qué no pueda Micaela aceptar mi obsequio, es un regalo como cualquier otro que sea de valor no quiere decir nada, ella todo lo merece . . . y yo se lo doy como un recuerdo de amistad . . . ¡dígnese aceptarlo!

Margarita. — No lo acepte Conchita! . . . puede traer malas consecuencias . . . una chiquilla tan joven con una joya de tanto valor; eso les viene a las viudas como he dicho antes . . . la gente es muy mala, pueden hablar de Micaela.

Concha. — Don Andrés, en vista de su amabilidad, en . . .

Margarita. — (interrumpiendo) Las malas lenguas, Conchita. . . ! las malas lenguas pueden calumniar a Micaela. . tenga miedo al qué dirán Conchita...

Andrés. — ¿ Y por qué se apura tanto Ud.?

Margarita. — Por amor a Micaela. . le aconsejo por su bien.

Micaela. — ¡Gracias, Margarita, ponga en práctica el consejo!

Concha. — No hagas caso Micaela, Don Andrés, como le decía, en vista de su amabilidad y de esa finura innata en Ud. no puedo vacilar; consiento con todo gusto que Micaela acepte su espléndido obsequio (a Micaela) ¡hijita, da las gracias a don Andrés. . . !

Micaela. — Don Andrés ¡mil gracias! conservaré este anillo como un recuerdo de amistad.

Margarita. — (aparte) Esta muchacha se lo llevó. . . no hay por qué desesperar, si aquí me falló la suerte, el desquite ya vendrá. . . ! (coquetea con don Andrés).

ESCENA XV

(Los mismos y Federico).

Federico.— Misiá Conchito, Fedegico trayendo bonito ramo a Migaelito.

Concha.— ¡Qué lindo bouquet, Federico!

Federico.— No es buque misiá Conchito. . . es ramo!

Concha.—Yo dije en francés, Federico.

Federico.—Fedegico francés?... misiá Conchito equivocado; Fedegico alemán de Alemania.

Concha.— ¡Qué gracioso!. . . já. . . ja. . . ja. . . !

Federico.— Sí. . . sí. . . Fedegico muy gracioso... yá:.. yá...! Já... já... já...!

Micaela.— Federico, mil gracias por su obsequio... ¡qué preciosas flores!... ¡qué ramo más encantador!...

Federico.—Preciosa Ud. más que las flores.

Micaela.— (toma una rosa) Conservaré esta rosa como el recuerdo más querido.

Federico.— Fedegico el cogazón como ampolleta eléctrica! (Se aparta con Micaela).

(Concha llama a don Andrés; Margarita, algo separada, escucha con disimulo lo que habla Concha).

Concha.— Dígame don Andrés, Ud. que conoce tanta gente, tiene alguna referencia de don Cornelio Pedrizco el nuevo pensionista?

Andrés.—Nó, señora, ni de nombre lo conozco.

Concha.— Dice que es artista, que aquí no tiene relaciones; no sé por qué tengo mis recelos...

Margarita.— ¿Tiene celos de mí, Conchita?

Concha.— No se trata de Ud., Margarita.

Margarita.— Como me pololea, creí...

Concha.— No hable sandeces, Margarita (a don Andrés) decía que tengo cierta preocupación, por qué ese afán de querer vivir en mi casa a pesar de los mil inconvenientes que le puse.. me da mala espina, don Andrés...!

Andrés.— Yo averiguaré entre mis amigos, puede que alguno le conozca.

Concha.—Hágame ese favor don Andrés.

Margarita.—Cornelio es todo un caballero; simpático como pocos y atrayante por demás... dudar de él, sería una ofensa...

Concha.— Margarita, en menos de veinticuatro horas que hace que le conoce sabe mucho!... qué inteligente es Ud.! (suena la campanilla que llama a comer) ¿Oyen? La prevención...!

Micaela.— Vamos a arreglarnos para ir en seguida a comer.

Margarita.— Vamos que ya se me corta el estomágo, estoy viendo nublado... (salen todos, Margarita vuelve a la escena).

Margarita.—Dónde dejé mi echarpe...! ¡ah!... ¡aquí está!... ¡No, yo tengo que casarme primero que Micaela... sea como sea, por angas o por mangas... yo me caso, me caso y me caso, puede que esta noche caiga algún pez en la red que pienso tender con tanta habilidad... caerá más de uno, lo aseguro.. me adornaré con mis mejores galas y marcharé triunfante y majestuosa a la conquista de un tercer marido. (sale).

TELON

II ACTO

(La sala arreglada con muchas flores. Una cortina divide esta sala con el hall. A la izquierda una ventana. Al frente una puerta).

ESCENA I

(Floripo aparece en la escena sentado, leyendo una carta)

Floripo.— ¡Bah! entretenío leendo esta carta que me mandó una cabrita, me le había olvidao acomodar aquí. Voy a arreglar bien esta maceta; ya no tardan en llegar las visitas. ¡Güen dar con el pensionista nuevo! Ahí tá tallando tupío con la viua; no se le despinta del lao y ella ¡tan satifucha! tá en su elemento; no se le acaba la cuerda a la viua. (Suena el timbre). Ey tá! ¿No ecía yo? ¡Las visitas! Voy corriendo. (Sale).

ESCENA II

(Floripo, Maclovia, Fernanda, Pepa y Tito.) Tito viste pantalón corto, lleva un globo. (Este papel lo desempeña un hombre, no un niño). (Maclovia pronuncia mucho las erres). (Pepa habla muy despacio, es algo tonta). (Maclovia entra con Tito de la mano).

Floripo.— (Entrando primero) ¡Pasen señoritas! Tomen asiento.

Maclovia.— ¿Y cómo está la Conchita?

Floripo.— Tá güena, Misiá Oclovia. Don Anrré y la Misiá Maiga han estao medio enfermones; pero yas tan güenos. Voy a avisarle a la señora; entuavía tán en la mesa.

Maclovia.— ¡No les avises, deja que concluyan de comer!!

Floripo.— Entonces voy a servir pá que se paren luego e la mesa, falta el postre y el café no más. (Desde la puerta) ¡Quea en su casa misiá Oclovia! Lo reonosas las cabras, por la vía! ¡Ay quién juera jutre decente pa poérles atracar! ¡La Elfina pasa a pérdia agora!

ESCENA III

(Los mismos, menos Floripo. Tito registra todo el salón).

Maclovia.—¡Chiquillas, no olviden mis consejos! Este es el momento de pescarse un novio. Aquí hay jóvenes de porvenir.

Fernanda.— Pero creo que no han invitado a ninguno. ¿No nos mandó decir misiá Concha que las únicas invitadas éramos nosotras?

Maclovia.—¿Y los pensionistas? A ellos me refiero. Don Andrés es millonario, sería un yerno ideal...

Pepa.—¡Mira Fernanda, que ramo tan siútico han colocado aquí!

Fernanda.—¡Y la alfombra qué vieja está!

Pepa.— Por eso no han invitado más gente; porque está todo muy deteriorado; y se hacen las ricas. ¡Son unas farsantes!

Fernanda.—¡Yo me muero de risa! ¡Mira el retrato de misiá Conchita, está bueno para el museo; lo menos que tiene es medio siglo! já... já... já..!

Maclovia.—¡Niñas, niñas! ¿Qué les he enseñado? No deben ser criticonas. (Con la mano en la boca, a

media voz) La Conchita es muy vieja... pero está muy conservada; lo menos que me lleva son quince años.

Fernanda.—Qué ridículo todo lo de esta sala!

Maclovia.—¿Oíste, Fernanda? ¡Quince años largos! y cómo los disimula!

Pepa.—¡Parece que vienen!

Maclovia.—Fernanda, ¡siéntate con abandono! Pepita, ¡muestra un poquito el pie; lúcelo de lado porque es pequeñito. Trata de lucir los dientes y las manos que están bien cuidadas. Fernanda, frúncete un poquito, suspira de vez en cuando. Dejen la timidez a un lado y no repitan lo que yo hablo. Yo les avisaré con una compostura de pecho cuando caigan en este defecto que no he podido corregir. ¡Fernanda, Fernanda, mucha filosofía! ¡Pepita, derecha, la estética Pepita, la estética !¡No olvides la estética, Pepita. Como les digo, no repitan lo que hablo. ¡Tito, Tito! a tu asiento.

Tito.—¡Estoy haciendo caballitos, tía! (Tito a caballo en una silla).

Pepa.—¡Sosiégate, Tito!

Tito.—¿Qué te importa a tí?

Pepa.—Yo te pellizco . . .

Tito.— ¡Piñízcame nomás, cuento delante de misiá Conchita que le pediste prestados los zapatos a la hija de misiá Peta, para poder venir!

Pepa.— (Afligida) ¿No ve mamá este muchacho? ¡Para qué lo trajo!

Maclovia.—¡Hijito, pórtate bien y te doy un premio...

Tito.—¿Qué premio me da tía?

Maclovia.—Un caballito de cuerda.

Tito.—¡De cuerda nó! Vivo quiero yo, con montura y espuelas para clavárselas y correr carreras achí... (corre montado en la silla, por el salón).

Maclovia.—¡Sea por amor de Dios! ¡Qué muchacho!

Fernanda.—(Tirando a Tito de una manga). ¡No rompas la silla! ¡Sosiégate muchacho, que ya vienen!

Tito.—¿Y por eso me tiras de la manga que casi me rompes el traje? Voy a contarle a misiá Conchita que te reístes de su retrato. ¡Le cuento y le cuento!

ESCENA IV

(Los mismos y Concha).

Concha.—¡Maclovita! ¡Dichosos los ojos que la ven, si no la mando invitar, no se acuerda que tiene esta amiga!

Maclovia.—¡Ay, Conchita! ¡No diga eso, me acuerdo siempre de Ud.! y aún cuando no nos hubiera invitado, había pensado venir con las niñas a saludar a Micaela.

Concha.—(Saludando.) Fernanda, Pepita. ¿Cómo están hijitas?

Fernanda.—¿Cómo está misiá Conchita?

Pepa.—(Repite en un tono más bajo.) ¿Cómo está misiá Conchita?

Maclovia.— (Tosiendo para llamarles la atención.) ¡Ejem, ejem! Conchita, yo me tomé la libertad de traer a Tito que está alojado en casa, me va a disculpar.

Concha.—¡De nada, Maclovita, de nada!

Maclovia.—¡Tito! ¡Ven a saludar a la Conchita!

Tito.—No voy. No me gustan las viejas, me gustan las chiquillas.

Maclovia. — ¿Qué es eso, Tito? ¡Qué insolencia! ¿Quiéres que te castigue? (Se vuela el globo que Tito traía).

Tito.—¡Mi globito! ¡Quiero mi globito¡ !Píllemelo misiá Conchita! ¡Súbase allá arriba y pílleme el globito! (Llora.)

Concha.—¡Qué niño, Dios mío! ¡Qué niño!

Maclovia.—¿Es posible que un niño de doce años, llore por un globo?

Tito.—(Llorando) ¿Y Ud.? Con setenta, lloró cuando se le quebró el diente que no le dolía nada, porque era postizo. (Concha y las niñas rien.)

Maclovia.—(Furiosa) ¡Niño mal educado! ¡Ya no puedo soportarte! ¡Te reviento!

Tito.—¡Después que se me voló el globito, se enoja conmigo también. (Tito se acerca a Fernanda.)

Fernanda.—¡Pórtate bien, Tito! Como un caballero y mañana te llevo al biógrafo.

Tito.—¿Y con qué plata me llevai, cuando no tenís ni para ir tú?

Maclovia.—(Se acerca a Tito) ¡Si sigues portándote mal, te llevo a casa y te encierro en la pieza de los ratones! facineroso!

Tito.—¡No quiero, ni quiero portarme bien! Antes que tengo sueño y me mortifican y no me dejan hablar... (Aparte) ¡Viejas odiosas, no más! (Maclovia lo amenaza desde su asiento.)

ESCENA V

(Las mismas y Margarita, Micaela, Andrés, Federico y Cornelio. Este entra el último de todos).

Micaela.—Misiá Maclovia. ¿Cómo está?

Maclovia.—¿Cómo te va, hijita?

Micaela.— ¡Chiquillas! ¿Cómo les va? (Se besan) ¿Cómo te va, Tito?

Fernanda.—¡Siéntate aquí, Micaela!

Pepa.—(Con tono más bajo.) ¡Siéntate aquí, Micaela!

Maclovia.—¡Ejem! ¡Ejem!

Margarita.— (Entrando) ¡Tanto bueno por acá, Maclovita!

Maclovia.—¡Margarita!

(Margarita besa a las niñas). (Concha en el sofá. Algo distante queda Margarita. Las dos niñas y Micaela forman grupo aparte. Entra Don Andrés y Federico).

Concha.—¡Don Andrés! ¡Federico! ya conocían a la Maclovita y a las niñas ¿nó?

Andrés.—Sí, señora; ya tenía el gusto de conocerlas. (las saluda.) ¿Cómo están?

Federico.— Fedeguico gustando conocegla. Fegnando, Pipito, ¿Cóme va?

(Don Andrés y Federico hablan en voz baja un poco aparte.) (Entra Cornelio.)

Maclovia.—Y Ud. Margarita, ¿cómo lo va pasando?

Margarita.—Divinamente, Maclovita.

Maclovia.—Dígame Conchita, quién es ese joven tan simpático y elegante? No me lo ha presentado, ni a las niñas tampoco.

Concha.—¡Ah! Es don Cornelio Pedrizco. Señor Pedrizco, le presento a la señora Tapia y sus hijitas, Fernanda y Pepita.

Cornelio.—Cuánto gusto de conocerla, señora; señoritas, cuenten con un amigo más.

Fernanda.—Gracias, caballero.

Pepa.—(en un tono más bajo) Gracias, caballero.

Maclovia.—Ejem, Ejem, Ejem (tose.)

Concha.—¿Está resfriada, Maclovita?

Maclovia.—Nó, Conchita, es esta malvada carrasperita que me ataca en algunas circunstancias.

Micaela.—Señor Pedrizco, tome asiento.

Margarita.—(Muy nerviosa) Aquí a mi lado le haré un lugarcito.

Cornelio.— Mil gracias, señora, tanta amabilidad. (aparte) Qué señora tan nerviosa, qué lindas alhajas tiene, debe ser rica.

(Conversan Cornelio y Margarita, en voz baja).

Tito.—Voy a decirle al gringo que me baje el globito. (lo tira del vestón) Mire señor animal, bájeme el globito que se me voló.

Federico.—¡Animal! ¿Qué?

Tito.—El globito, ¡bájemelo!

Federico.—Fedegico no alcanza; deja chiquíllo, te doy una coscacha paga sosegag, no alcanza.

Tito.—Se para en el hombro del viejo gordo. (risas).

Fernanda.—Siéntate Tito al lado de Micaela. (Se sienta Tito y conversan en voz baja).

Federico.—Don Anrré, Fedegico quigue casagse.

Andrés.—Muy bien, pues hombre, me alegro.

Federico.—¿Y Ud. quiegue casag también?

Andrés.—Pensando en eso estoy. (Siguen hablando en voz baja.)

Concha.—¿Y mucho han paseado las niñas?

Maclovia.—Mucho, Conchita. Han asistido a varios bailes y a la Opera.

Fernanda.—Varios bailes y a la Opera.

Pepa.—(Más bajo) Varios bailes y a la Opera.

Maclovia.— (Carraspea) Ejem, Ejem, Ejem, Ejem, Ejem.

Micaela.—Tito, ¿y tú has ido?

Tito.—¿Y quién me lleva a mí?

Micaela.—Las chiquillas, pues.

Tito.—Si es mentira de mi tía que han ido.

Maclovia.— (Enojada) ¿Qué sabes tú?

Tito.—Como no, chi ché. Se acuestan tempranito y dicen que van a bailes, es mentira, mentira. (se rien todos).

Fernanda.—Si vuelves a hablar intruso, te pego.

Federico.—(a don Andrés) Piensa casagse, tan gogdo, tan grande viejo.

Andrés.—Y Ud. tan flaco, tan mal educado e intruso.

Federico.—Fedeguico no educado mal, muy correcto, Fedeguico pensando con el pensamiento, Don An-

rré muy diablo, gustando Migaelito y Migaelito es de Fedeguico, Margarito de don Anrré o Pipito, ¿le gusta Pipito? Pipito muy lindo para usted, bonito pareja con usted.

Andrés.— (disgustado) ¿Qué tiene que hacer Ud. en mis asuntos? usted y misiá Maclovia, bonita pareja.

Federico.— Qué más diablo, gogdo más diablo, Já, Já, Já, más diablo.

Cornelio.—(A Margarita) Señora, es Ud. muy amable.

Margarita.—La verdad no más digo. Es ideal, ideal, es mi tipo, es una simpatía.

Cornelio.—Estamos correspondidos, es usted encantadora.

Margarita.—¿Pero es cierto que me encuentra encantadora?

Cornelio.—¿Puede dudarlo?

Margarita.—Nó, lo dice con tanta naturalidad que lo creo, lo creo sí, qué felicidad.

Concha.—(A Maclovia) La Margarita está en su punto, hay que cortarle el cuarenta. Micaela haz que toquen baile, es necesario que las niñas se entretengan, que bailen.

Micaela.—Voy mamá.

(Don Andrés y Federico conversan con las niñas).

Concha.— (A Maclovia) Tengo pianista y hay que aprovecharla, pide muy caro, muy caro.

Maclovia.—Cuesta tanto todo ahora, Conchita.

Tito.—Mira Pepa el viejo guatón, se parece a tripitas.

Pepa.—Cállate Tito.

Tito.—Voy a ir para adentro a ver si hay cosas bonitas. (Sale.)

Micaela.— Qué chiquillo tan divertido. (Cornelio se sienta con Margarita al lado de la ventana.)

Maclovia.—Cuando celebré a Fernanda, cuando dí ese gran baile, hice traer orquesta, gran orquesta.

Concha.—(Aparte) Ya está farsanteando. (A Maclovia) La orquesta está pasado de moda, ahora prefieren el jazz, y cuándo celebró a Fernanda que no recuerdo?

Maclovia.—El año pasado, cuando dí el gran baile al que Ud. asistió con Micaela. ¿No recuerda que el buffet fué servido por el mejor hotel de Santiago.

Concha.—¡Ah! ¿Ese fué el gran baile? y esa la orquesta? Válgame Dios, Maclovita, eso era piano y un violín, uno solito.

Maclovia.—(Sofocada) Antes que llegaran Uds. despedí la orquesta porque hacía un ruido infernal. Cuarenta instrumentos, diga Ud., me tenían la cabeza transtornada, y con mis nervios no pude soportar, por eso dejé ese solo violín que tocaba con tanta dulzura que llegaba al corazón, el primer violinista del Municipal.

Concha.—Si, eh?

Maclovia.—Sin embargo, tuve que pagar toda la orquesta, se me fueron muchos miles en ese baile.

Concha.—(Con rabia) Puf, qué calor, Micaela por qué no tocan? Abre esa ventana.

Micaela.—Ya van a tocar, mamá.

Concha.—Yo he querido hacer esta reunión de mucha confianza por que la casa no se presta, tengo un sinnúmero de relaciones y aquí no habrían cabido, habría necesitado lo menos diez salones para reunir a todas mis amistades (aparte) la he dejado muda, la maté.

Maclovia.—¡Ay! qué frío, qué imprudencia dejar esa ventana abierta, expuesto a coger una neumonia. ¿Quiere cerrarla Margarita? Como le iba diciendo, Conchita, yo no tengo tantas relaciones como Ud. pero las que tengo son escogidas, de noble abolengo, de rancios pergaminos. Yo no me relaciono con cualquiera, si fuera por amistades las

tendría como estrellas tiene el cielo, pero no, cuando una tiene niñas casaderas debe fijarse con quien se relaciona (Aparte) la he dejado patitiesa.

Concha.—(Desesperada) Por favor, Micaela, que toquen, que toquen, que toquen, (Aparte) me la has de pagar. (Tocan baile.)

ESCENA VI

Margarita.—Qué buen compás Cornelio!

Cornelio.— Magnífico, Margarita.

Micaela.— Ya se tratan de tú.

Concha.—Jóvenes, pónganse en baile.

Margarita.— (A Cornelio) Bailemos los dos, quiere?

Cornelio .—De mil amores, Margarita. (Salen al hall bailando).

Federico.—¿Bailemos, Migaelito?

Micaela.—Con todo gusto, Federico. (Salen bailando).

Concha.—Baile don Andrés.

Andrés.—Ya señora, Fernanda, quiere acompañarme?

Fernanda.—Con toda voluntad, don Andrés, me encanta bailar con usted. (Salen al hall).

Andrés.—No me comprometo. (Tito entra bailando).

Tito.—Yo bailando cholito.

Maclovia.—(Intranquila porque Pepa plancha) No se cómo hay personas que invitan niñas y no invitan jóvenes a las reuniones.

Concha.—¿Se refiere a la plancha de Pepita? Pepita está planchando pero no se preocupe, estamos de mucha confianza, luego llegará Marcelo con un amigo y cambiará la cosa. Tito baila con Pepita.

Tito.—Si Pepa no mueve pata, por eso plancha.

Maclovia.— (Indignada) Plancha porque no hay con quien bailar, porque hay más niñas que jóvenes y es natural que atiendan a las de la casa primero.

Concha.— Pepita plancha muy a menudo, Maclovita, pero nadie se fija en eso, no se preocupe (Aparte) me las pagó.

Maclovia.—(Aparte) Qué hiriente, estoy quemada, disimulemos. (entran las parejas de vuelta del baile)

Margarita.—Sentémonos aquí, Cornelio?

Cornelio.—Permítame, Margarita, voy un momento a conversar con las niñas y en seguida soy con Ud. (se sienta al lado de Pepa).

Margarita.—Don Andrés, aquí le tengo un lugarcito a mi lado.

Andrés.—Gracias, señora.

Margarita.— Gracias en seco no acepto, cuando esté aquí, a mi lado, me da las gracias ¿quiere? ¿quiere?

Andrés.—Tendré que querer (aparte) a pesar mío.

ESCENA VII

(Los mismos, y Floripo).

Floripo.—Ya está lisito el buffete, señora. (Sale.)

Concha.—Federico, tenga la bondad de invitar a las niñas a servirse algo.

Federico.— Come nó, misiá Conchito, vamos niñas. (Las nombra a todas.)

Margarita.—Yo aprovecho su brazo, Andrés ¿qué tal pareja hacemos? (a las señoras).

Fernanda.—(Aparte) Ya me quitó a don Andrés esta viuda pesada.

(Salen todas menos Pepa, Maclovia, Concha y Cornelio).

Pepa.—(A Cornelio) No vamos todavía, quiere? Está tan agradable la conversación.

Cornelio.— Yo estoy encantado, Pepita, continuemos conversando.

Pepa.—¿Así es que usted no me cree?

Cornelio.—Como voy a creer que una niña tan simpática como Ud. no pololee.

Pepa.—Le digo a usted la verdad.

Cornelio.—Será muy regodiona.

Pepa.—Nada de eso, es que... (siguen conversando en voz baja).

Maclovia.—Conchita, fíjese en Pepita como está. tete a tete con el señor Pedrizco.

Concha.—Así los veo. (Aparte) Alguna tabla de salvación había de tener Pepita.

Maclovia.—Pepita es tan regodiona, si no baila con buenosmozos prefiere quedarse sentada.

Concha.—Si, ya lo creo. (Sale Pepa y Cornelio.)

Maclovia.—La otra noche, en casa del Ministro de España, la persiguió un joven extranjero, no recuerdo el apellido, rico, noble, muy atrayente, y esta chiquilla tonta lo despreció porque lo encontró feo, ¿hace visto cosa igual? Y así como a ese ha despreciado a muchos.

Concha.—Así son algunas niñas, no todas son para casadas, yo creo que Pepita ha nacido para célibe, tiene todas las condiciones y probabilidades de su parte. (Aparte) Ya me tiene cansada con su farsantería.

Maclovia.—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Condiciones? ¿Probabilidades? ¿Qué quiere decir Ud. con eso? Explíquemelo, lo exijo.

Concha.—(Aparte) Cómo salgo del lío ahora? (A Maclovia) Pepita es tan tímida, de carácter tan dulce, tan amante a su madre que creo se quedará soltera para acompañar a Ud., eso es todo. (Aparte) !Se la pegué!

Maclovia.—Tiene razón, Conchita, es tan encantadora

mi Pepa. Si no ha de encontrar un marido como ella se lo merece, prefiero mil veces que se quede soltera.

ESCENA VIII

(Entra Delfina con una bandeja, seguida de Tito, que hace por sacar los dulces).

Tito.—Yo quiero dulces, yo quiero dulces.
Delfina.—Niño, por Dios, no me ladee la bandeja y me eche abajo las copas.
Maclovia.—¡Sosiégate, Tito!
Concha.—(Aparte) ¡Qué muchacho más insoportable!
Delfina.—Sírvase, señora.
Concha.—Maclovita, sírvase una copita, está muy simplecito ¿un dulcesito? Entretengámonos con esto mientras sirven el buffet caliente.
Maclovia.—Gracias, Conchita, gracias.
Tito.—En todas las fiestas le dan hartos dulces a los niños y aquí no me dan nada, mejor que no convidaran.
Delfina.—Tome, tome, cómaselos todos (le pasa la bandeja). (Sale).

ESCENA IX

(Entran todos).

Tito.—(Comiéndose el dulce) Qué rico, qué rico.
Fernanda.—Toma. (Le da un pellizco).
Tito.— Ayayay, estás picada porque el viejo guatón está con la señora Mayga y no te hizo caso.
Maclovia.—Tito, si vuelves a hablar una palabra te voy a dar un castigo terrible (le habla en el oído, lo leva a su lado). No te muevas de aquí.

Cornelio.—Sería bueno que tocaran otro baile, ¿qué les parece?

Margarita.— Magnífica idea, Cornelio, este baile es para Ud. Andrés, para Ud.

Andrés.—¡Ah! ¿para mí? Entonces lo aprovecho con Micaela.

Margarita.—(Aparte) Qué plancha. ¿Andrés no lo había comprometido conmigo?

Andrés.—Micaela, ¿bailemos?

Margarita.— Fede, Fede! Federico! Federico! a mí, bailar!

Federico.—Fedeguico no, muy pipicaz. Ud. sentadita, Ud. planchag.

Micaela.—Mejor que cante Fernanda y el otro baile lo bailamos los dos.

Andrés.—Convenido.

Fernanda.—¿Qué voy a cantar, si dejé la música en casa?

Pepa.—En casa.

Maclovia.— Canta hijita, Pepita podría acompañarte de memoria.

Fernanda.—Imposible, mamá.

Pepa.—Imposible, mamá.

Maclovia.—(Carraspera) Ejem, Ejem.

Concha.—Qué lástima, niña.

Cornelio.—Señorita, cante por favor, yo me encanto con la música.

Maclovia.—Invítalo a casa, Pepita, sí señor, las niñas tendrán verdadero placer en complacer a usted. Tengo un rico piano y Pepita toca admirablemente. Fernanda posee una voz encantadora y bien cultivada, en casa podría usted gozar de buena música. Aunque sea ridículo que yo lo diga, hay que hacerles justicia.

Cornelio.—Mil gracias por su invitación, es usted muy

amable. Ya había llegado a mis oídos la fama de sus hijitas, sé que son verdaderas artistas.

Margarita.—Y yo también canto, y a fé que no lo hago mal.

Cornelio.—¿Podríamos oírla? ¿Tendré esa felicidad?

Concha.—No cante, Margarita, puede hacerle mal, usted está ronca, no está en voz.

Margarita.—¿Cómo lo sabe Ud.? Estoy con la voz mejor que nunca.

Micaela.—Que cante primero Fernanda y en seguida Margarita.

Fernanda.—¿Pero quién me acompaña?

Pepa.—Acompaña.

Concha.—La pianista, pues hijita. Sabe todas las canciones en boga.

Maclovia.—Tiene razón Conchita, que le acompañe y yo imitaré con la boca el acompañamiento de la guitarra. De qué me sirve este oído finísimo que es un don de Dios?

Pepa.—¿Cómo se te ocurre mamá?

Margarita.—¡Qué divertido será!

Federico.—Fedeguico canta con yusté.

Tito.—Que baile el viejo guatón con mi tía, mejor.

Maclovia.—¡Pícaro! ¡bribón!

Pepa.—Tito, estás insoportable.

Maclovia.—Condesciende hijita, canta la última canción que aprendiste, esa tan decidora y hermosa.

Fernanda.—Una estrofa y nada más. (Fernanda canta y Maclovia le hace con la boca guay-tun-tún al compás de la música de una habanera). (Todos aplauden).

Cornelio.— Regio, preciosa voz. A la mamá ha salido, el acompañamiento de la señora es como oir un contrabajo.

Tito.—Tía, su acompañamiento parece el canto de las ranas (Risas).

Concha.—Qué chiquillo tan gracioso!
Maclovia.—(A Tito) En casa me la vas a pagar.
Margarita.—Ahora me toca a mí. (Se levanta para ir a cantar). (se oye un acorde en el piano).

ESCENA X

(Los mismos, lugo Floripo y Delfina).

Floripo.—¡Señora! ¡Señora!
Delfina.—¡Señora qué susto! (Todos quedan sorprendidos).
Concha.—¿Qué pasa? ¿Qué ocurre?
Delfina.—¡La policía! En el pasadizo hay dos agentes y en la calle unos cuantos carabineros.
Cornelio.—¡La policía! (Sale arrancando).
Concha.—¿La policía? y a nosotros qué nos importa la policía?

ESCENA XI

(Golpes en la puerta).

Agente.—En nombre de la ley, abran a la policía (desde fuera).
Micaela.—La policía aquí ¿por qué?
Agente.—Abran a la policía, (empuja la puerta y la abre). Nadie se mueve de aquí.
Concha.—Pero sufre Ud. una equivocación. ¿Qué tiene que hacer la policía en mi casa?
Agente.— Traigo orden superior de allanar la casa, porque aquí se oculta un estafador que ha hecho un sinnúmero de estafas a la alta escuela.
Tito.—(Tomado de los vestidos de Concha y Maclovia) Gualdián, gualdián, a mí no, no he hecho naa en la escuela. (llora).

Concha.—Registre Ud. todo con la seguridad que perderá su tiempo. Yo recibo en mi casa gente muy honorable.

Agente.— Así será pues, señora, pero aquí se oculta el estafador. Un agente secreto lo vió como a las tres de la tarde entrar aquí, traía una gran maleta, esta es su fotografía.

Concha.—(Mirando la foto) Dios mío, don Cornelio! (Exclamaciones de parte de todos) (¡Ay! ¡Qué terrible!)

Maclovia.— (Toma a sus hijas una de cada mano) Qué escándalo, qué escándalo! Encubridora de robos, y mis hijas rozándose con esta gente. Salgamos hijitas de aquí, corran, corran antes que crean que somos de la familia, corran, corran que esta es una guarida de ladrones. (Salen corriendo). (Las niñas adelante).

Concha.—¡Insolente! No volverás más a pisar mi casa.

Margarita.—Mi Cornelio, nó, nó, nó, mi última ilusión, me muero!

Concha.—Mi escobilla, mi escobilla, Floripo, Delfina, mi escobilla.

Margarita. —No Conchita, prefiero morir, ¡ay!

Andrés.—¿Qué tiene, Margarita?

Margarita.—¡Ay!! Andrés, mi pendantif y mi pulsera, desaparecienron con él.

Andrés.—(Metiéndose la mano al bolsillo) Y mi cartera también.

Concha.—¡Qué pícaro! ¡Qué pícaro! Por eso huyó despavorido cuando oyó nombrar a la policía.

Agente.—(Al otro agente) Vamos a registrar la casa.

Concha.—Sí, registren toda la casa antes que se escape. (Entra otro agente).

Agente 3.o.—¡Jefe! El estafador está en poder de la justicia. Otro agente lo apresó en circunstan-

cias que se escapaba por el balcón de la casa de la esquina. Con qué ligereza corría ese diablo.

Concha.—Yo no quería recibirlo en mi casa, pero me contó cosas tan tristes que lo recibí, pues me dió lástima. ¿Supongo que no arrancaría con la maleta?

Agente 1.o—Hay que ver qué contiene esa maleta.

Concha.—Floripo, trae la maleta de ese hombre.

Floripo.—¿De cuál hombre?

Concha.—Del tal Cornelio, del dichoso novio de Margarita. (con burla).

Micaela.—De buena nos hemos librado.

Delfina.—Cuando estaban todos en la mesa, él se paró y lo ví entrar a la pieza de la señora Mayga ¿quién sabe si se ha robado algo?

Margarita.—No digas Delfina, si me habrá robado los bonos! No me pongas más nerviosa. (Sale corriendo, luego vuelve a entrar).

Floripo.—(Trayendo la maleta) Aquí está la mentada maleta, tan pesada que casi no la puedo.

Agente 1.o—(Se acercan todos a ver la maleta). Piedras, piedras, puras piedras.

Floripo. —Por eso se llama Pedrizco.

Concha.—¡Qué bandido! ¡Qué escapada tan grande hemos hecho, Dios mío!

Agente 1.o—Señora, disculpe la molestia que le hemos ocasionado, nosotros no hacemos sino que cumplir las órdenes que nos dan.

Concha.—Si no es por usted, habríamos sido víctimas de ese hombre.

Tito.—Váyase gualdián, no me achuste, no me mire, tengo mieo.

Agente 1.o—Señora, (hace una reverencia y salen los agentes).

Micaela.—Qué susto más grande!

Andrés.—Tranquilícese, Micaela.

Federico.—Bonito susto. Já, Já, Já.

Tito.—Mi tía se fué y me dejó cholito. (grita) tengo mieo.

Federico.—Calla, chanchito.

Concha.—Tu tía es una insolente y me ha faltado al respeto.

Tito.—Misiá Conchita, mi tía y las chiquillas se rieron de su retrato y de todo lo del salón, no les diga que yo le conté.

Concha.—Ya me lo imaginaba, si son tan envidiosas y tan feas. Floripo te va a llevar a tu casa. Margarita, que esto le sirva de lección. Ahora vamos a cenar.

Tito.—Cenemos luego misiá Conchita. Traigo un bolsillo postizo que mi tía me dijo que trajera para llenarlo de cositas ricas. ¡A chenar! a chenar!

Margarita.—¡Ay! Conchita, qué terrible todo lo que ha pasado, pero recuperaré mis alhajas y Andrés su cartera. ¡Qué triste fin tuvo la recepción!

Concha.—Déjense de comentarios, pasemos al comedor. Lo único que me duele es que se haya impuesto el vecindario que a mi casa ha venido la policía, a la casa más respetable, a la casa de pensión. Nó . . . ! de pensión nó . . . !, a la casa de residencia de Misiá Concepción de Escobillana, la nieta por línea recta del abuelo más noble que jamás ha existido. Nó, nó, nó, nó, no me conformo. ¡Ay . . . ! ay, me siento mal! me muero, escobíllenme! . . . ¡escobíllenme . . . !

TELON

BIBLIOTECA
CHILE
SECCIÓN CONTROL